

## El retrato de Santidad

*Mons. Slawomir Oder*

*Postulador de la causa de Beatificación*

**D**espués de su elección en la Capilla Sixtina, que le transformó de Karol Wojtyła en el papa Juan Pablo II, el destino de este hombre ha sido el ser sustraído a la normalidad, iluminado continuamente por los reflectores del mundo. Se vio clara enseguida su atipicidad, su energía, la figura fuerte y poderosa que habría de dar un impulso a la historia. Lo advirtió el enemigo en la sombra, que trató de apagar la voz profética, emanación del Espíritu. Causó estupor su gran devoción a la Virgen, que vino en su auxilio, desviando el proyectil surgido del odio y del reino del Mal. Desde entonces llevó sobre sí la cruz, hasta el punto de escribir en una poesía: *El sufrimiento ha entrado en mí como un arado en la tierra*. Y siguió siempre apretando el rosario con la mano izquierda, y regalando uno a cada persona que encontraba. Había elegido ser misionero, siguiendo las huellas de san Pablo, y las peregrinaciones a todas las naciones del mundo señalaban su parroquia sin confines y su paternidad universal. Ha hecho fructificar todas sus excelsas cualidades humanas, la facilidad para las lenguas, la fuerza de su comunicación y de su carisma.

Nos quedan ahora fotos maravillosas, que muestran su mirada intensa y penetrante. Era el hombre de las multitudes, de la catequesis, a quien gustaba hablar con la gente (cuando podía), que se saltaba las reglas del protocolo (creando embarazo en el séquito), que amaba la soledad de las nieves o pasear por la montaña con tenis, y detenerse a hablar con un campesino que volvía del campo con el rastrillo en la espalda. Karol era el hombre que dormía bajo un árbol envuelto en una manta o que recitaba la Liturgia de las Horas junto a una cascada. Este era su estilo de vida, lejos de las aclamaciones.

Los acontecimientos vividos por él representan nuestra historia: las Jornadas Mundiales de la Juventud, los contactos con el mundo de los lejanos, el gesto simbólico del mensaje metido en el Muro del Llanto en Jerusalén, sus luchas contra las manifestaciones de Satanás, sus salidas extemporáneas y su sentido del humor.

\* \* \*

Ha sido el hombre sabio que ha sabido hacer una lectura sabia del mundo: condenó abiertamente las ideologías que tendían a destruir la dignidad del

hombre (llevó a su conclusión la crisis del comunismo), se lanzó contra las dictaduras y la mafia, intervino de modo enérgico contra quien quería desviar la doctrina de la Iglesia, defendió con fuerza la vida desde sus inicios. Compartió el entusiasmo de los jóvenes, por los que se dejaba envolver, respondiendo con una sonrisa, agitando su bastón. También su lenguaje era directo, espontáneo e incisivo. Basta recordar la tarde del Año Santo en Tor Vergata, cuando dijo a los jóvenes: *La ciudad de Roma recordará largo tiempo este grandísimo rumor*. A pesar de que su cuerpo estaba minado por el mal, permaneció siempre joven, predicando que sólo el amor podía salvar al mundo.

Ha sido igualmente el hombre de las sorpresas. Nadie sabía quién iba en un coche de cristales oscuros, cuando el papa Wojtyła, algunos martes, salía del Vaticano, dirigiéndose sin previo aviso a una iglesia conventual o a un santuario, para encontrar un refugio donde meditar, orar y contemplar.

\* \* \*

Nos ha dejado la riqueza formidable de sus enseñanzas, llenas de contenido, que requerirán de varias generaciones para profundizar en su mensaje.

Ha sido el hombre que ha cerrado formalmente el segundo milenio. No hemos de considerar casuales las referencias que hizo a la propia persona y el tercer secreto de Fátima, su cercanía a la Madre Teresa y su devoción por el Padre Pío.

El sufrimiento ha sido su más grande encíclica, aceptada y vivida con el espíritu de un discípulo de Jesucristo. Un modelo, un ejemplo, una luz para todos. La imagen más elocuente de Juan Pablo II ha sido precisamente la última, la del viernes santo en su capilla privada, cuando, abrazando a Cristo crucificado, le entregaba todo su calvario. Y, luego, la última palabra de un hombre que se había dado a sí mismo totalmente al servicio de la Iglesia: *Dejadme andar a la casa del Padre*.

Hemos visto un papa humano, en su rostro real: de hombre, de cristiano, de pastor. Es legítimo, por ello, preguntarse ahora cuáles son los rasgos más característicos de su personalidad, cuál es su secreto, cuál es el secreto de su fascinación.

\* \* \*

El retrato de Juan Pablo II como pastor podría ser delineado con las palabras de Jesús mismo, que se encuentran en Juan: *El Buen Pastor conoce a sus ovejas y las ovejas le conocen a Él (Jn 10, 14)*

Para Karol Wojtyła tal conocimiento se basaba en la percepción viva de la gravedad de la responsabilidad que deriva del mandato recibido del Maestro:

*Apacienta mis ovejas* y la conciencia de la dimensión más profunda del hombre que radica en ser *a imagen y semejanza de Dios*.

En el prefacio a una de sus obras dramáticas más conocidas, *Hermano de nuestro Dios*, obra de los años 1945-1950, Karol Wojtyła escribió:

Será éste un intento de comprender a fondo un hombre. Se trata de un personaje realmente existido. Con todo, entre el personaje y el intento de comprenderlo se interpone una historia inaccesible. Efectivamente, es propio del ser humano el no poder ser comprendido hasta el fondo en el plano histórico. Está ínsito en él el elemento extra-histórico, más aún se halla en los orígenes de su humanidad. Por tanto, no se puede buscar entender a fondo al hombre sin remontarse a estos orígenes.

\* \* \*

Muchas veces me preguntan sobre la novedad que emerge de los documentos del proceso de beatificación. Leyéndolos y confrontando esta imagen con la que se ha impreso en mi corazón con ocasión de encuentros formales y no formales con él, de sus discursos y de sus gestos, puedo decir que el proceso ha confirmado la total transparencia de su vida. No hubo un Wojtyła público y otro privado. Del proceso de beatificación emerge nítida, efectivamente, la transparencia de cada uno de sus gestos, como hombre y como sacerdote. La opinión que el mundo se había formado de él, mediante el conocimiento cada vez mayor de su figura durante los 26 años de pontificado, corresponde a la verdad. Su simpatía, el fervor de su oración, la espontaneidad en hablar, la capacidad de entablar relaciones, no eran simples atributos de una imagen mediática, sino que constituían la esencia real de su persona.

A Juan Pablo II le gustaba repetir que su primer seminario había sido su casa, con su padre. A los 22 años logró la certeza que su camino personal pasaba por el verdadero seminario, el del arzobispado de Cracovia. Se trata de un acontecimiento que, como él afirmaría más tarde, *es un misterio también para mí. ¿Cómo es posible explicar los caminos del Señor? Y con todo yo sé que, en un determinado momento de mi vida, logré la certeza de que Cristo me decía lo que ha dicho a miles de personas antes que a mí: 'ven, sígueme'*.

De aquí partió su camino sacerdotal, que le llevó a encargos pastorales en dos parroquias de la diócesis de Cracovia, a la dedicación a la enseñanza universitaria, hasta su nombramiento a obispo auxiliar y después arzobispo de Cracovia, a quien Pablo VI otorgó la dignidad cardenalicia.

Cuando murió Pablo VI, el 6 de agosto de 1978, el cardenal Wojtyła diseñó con algunos amigos un profético cuadro de las necesidades de la Iglesia:

Me parece que la Iglesia tiene necesidad, como el mundo, de un papa muy espiritual. Ésta habrá de ser la primera e indispensable característica para poder ser padre de una comunidad religiosa. Asia, África y América Latina se debaten en situaciones nuevas y problemáticas y buscarán un sucesor de Pablo VI que pueda ayudarles, y sobre todo comprenderles, en sus dificultades.

Compartió plenamente la elección del cardenal Albino Luciani, Juan Pablo I, hecha por los cardenales: *Pienso que es el hombre ideal, gracias a su piedad y humildad, capaz de acoger la acción del Espíritu Santo. La Iglesia necesita el día de hoy un papa como él.* Poco después de un mes, en la noche del 28 de septiembre, murió también el papa Luciani. El 16 de octubre de 1978, a las 17.15, Karol Wojtyła era elegido 263º sucesor de san Pedro, el primero no italiano desde la muerte del holandés Adriano VI en 1523. A la petición de aceptación respondió: *Obedeciendo en la fe a Cristo, mi Señor; confiando en la Madre de Cristo y de la Iglesia, a pesar de las grandes dificultades, acepto.* Fueron palabras que sellaron todo su ministerio papal.

Lo que constituye el verdadero tesoro del proceso es la confirmación documentada de la fuente de su coherencia, energía, entusiasmo, profundidad y naturalidad. Esa fuente es su encuentro con Dios, su estar enamorado de Cristo, su sentirse amado por Cristo.

Mucho se ha escrito sobre la vida de Juan Pablo II. Y mucho ha contado él mismo no sólo en sus libros-entrevista o en sus coloquios concedidos para evocar sus propios recuerdos, sino también en los fragmentos biográficos que le gustaba insertar con frecuencia en el tejido de sus ensayos como de sus discursos. Una vez, sin embargo, se abrió a una confianza de extrema intimidad: *Tratan de entenderme desde fuera; pero yo sólo puede ser entendido desde dentro.*

\* \* \*

Entre los muchos aspectos que están presentes en el mosaico de santidad que aparece en su personalidad, emerge en primer lugar el auténtico don, gusto y gozo de la oración, que Karol ha tenido desde la infancia y al que ha permanecido fiel siempre, hasta la hora de su agonía. Esta oración era su cotidiana peregrinación al manantial de la vida misma, escondida con Cristo en el mismo Dios.

El recorrido místico de Karol Wojtyła se perfiló como un progresivo hacer de sí mismo un *anawim*, el pobre de Israel que no tiene otra esperanza, otro punto de referencia sino Dios. Su vida ha sido una síntesis admirable de oración y acción. Era de la oración de donde derivaba la fecundidad de su obrar. Como expuso en algunas confidencias, tenía la conciencia de que *la primera obliga-*

*ción del papa para con la Iglesia y para con el mundo era la de rezar y que de la oración nacía en él la capacidad para decir la verdad sin miedo, porque quien está a solas ante Dios no tiene miedo de los hombres.*

En todas las situaciones difíciles de su ministerio, o en momentos históricos particularmente críticos, Juan Pablo II se entregaba a la oración para encontrar claridad sobre el camino que seguir. Cuando los colaboradores, llamados a sugerir eventuales soluciones a un problema, admitían de no haberlas encontrado todavía, Juan Pablo II, sereno y confiado, solía animarles con estas palabras: *Se encontrará cuando hayamos rezado todavía más.* No era inhabitual que reuniese a las personas que vivían en el apartamento pontificio y se dirigiese a la capilla con ellos a rezar. Una ocasión, en que la circunstancia era particularmente dramática, el papa se puso a rezar en alta voz el *Miserere*.

La oración, diálogo íntimo con Dios, era para Karol Wojtyła, alimento esencial también en las formas rituales a lo largo de la jornada. Comenzaban a las 5 de la mañana, cuando iba a la capilla para rezar hasta las 6. Luego volvía a su aposento para la meditación, antes de regresar a la capilla a las 7 para la misa. El *Acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús* matutino constituía para él un momento de oración vital. En una hoja ya amarillenta, que había doblado en forma de escapulario y que llevaba siempre consigo, Juan Pablo II había escrito en caracteres pequeños una oración que terminaba: *Todo por ti, Corazón Sacratísimo de Jesús.* Al mediodía estaba el *Angelus*, que los domingos recitaba junto con los fieles desde la ventana que da a la plaza de san Pedro, mientras que la jornada se concluía con las Completas.

Tenía hacia los santos una veneración particular. Cada mañana, al salir del refectorio después del desayuno, atravesaba la sacristía y besaba todas las reliquias conservadas sobre una mesita al lado del altar. Junto a un fragmento de la verdadera cruz de Jesús, había restos corpóreos de san Pedro, de san Estanislao, de san Carlos Borromeo, de la reina santa Eduwigis y de otros numerosos santos y beatos. En los últimos años, cuando ya se movía de un lado a otro en la silla de ruedas, continuó haciéndose llevar ante estas reliquias para venerarlas. Con la intención de ofrecer a los fieles un variado mosaico de modelos que imitar, Juan Pablo II proclamó, durante su pontificado, 483 santos y 1345 beatos. En dos grandes carpetas, que tenía en su recámara, guardaba la biografía de cada uno de ellos, y se detenía frecuentemente a releerlas para inspirarse en la práctica de las virtudes.

Un rasgo especialísimo de su espiritualidad consistía en su relación con María. Era una relación particularmente profunda y viva, vivida tanto con la

ternura de un hijo que se deja abrazar por la madre, como con la virilidad de caballero determinado en el cumplimiento del mandato de su Señora: *Haced todo lo que él os diga*.

Uno de los testigos del proceso dijo: *Creo que la religiosidad de Karol Wojtyła se pueda resumir en su lema preferido Totus tuus. Se podría decir que veía todo con los ojos de la Virgen, Madre suya y Madre de la Iglesia*. No se puede no reconocer profundamente verdadera esta afirmación.

\* \* \*

Ser hombre de Dios, hombre orante, ésta era su dimensión fundamental. La oración era el aire que respiraba, el agua que bebía, el alimento que le nutría; era la expresión de la propia identidad cristiana y sacerdotal. Recuerdo un encuentro que tuvo lugar en el Seminario Romano, en el que uno de los seminaristas le preguntó qué significaba para él ser Vicario de Cristo. El papa respondió con palabras formidables que golpearon el corazón de todos y que nos ofreció casi como su tesoro más precioso: *Antes que Vicario de Cristo, soy sacerdote y actúo in persona Christi*. El ser sacerdote constituía para él el corazón de su identidad, la concretización existencial de su ser, por naturaleza, a imagen de Dios.

\* \* \*

Una segunda componente del mosaico de la personalidad de Karol Wojtyła, que brotaba, también ella, de su íntima relación con Dios, ha sido la de la libertad: una extraordinaria libertad interior, que se expresaba en muchas direcciones. Con el lenguaje propio de la teología moral, se podría llamar ejercicio de las virtudes.

Comenzamos con su relación con los bienes materiales. Siempre, incluso de papa, ha sido hombre de pobreza concreta y radical. Su estilo de vida era voluntariamente simple y pobre. Parecía no tener necesidad de nada, estaba completamente desprendido del dinero y de las cosas. Conmueve el relato de las personas más cercanas a él, siendo todavía arzobispo de Cracovia, que recuerda que, para obligarle a renovar su ajuar, debían recurrir a una estrategia muy singular. Si Wojtyła se daba cuenta de tener algo nuevo en su vestuario, daba indicaciones para que se entregase a una persona necesitada. El único modo para obligarle a usarlo era el de lavarlo varias veces de modo que pareciese ya usado, y entonces no se daba cuenta.

Karol Wojtyła era desprendido y libre de sí mismo. No buscaba el éxito o su realización personal. En el camino del discernimiento vocacional, en los años juveniles, supo acoger la llamada al sacerdocio superando la atracción

que ejercía en él otra vocación, la del teatro, el arte, las letras. Es uno de los aspectos más tocantes de su elección de la pobreza como estilo de vida: ha dejado la palabra poética para acoger la Palabra. Desde el inicio de su pontificado ha prestado su voz para anunciar el Evangelio, pero al final de sus días no tenía ni siquiera la voz, y entonces hablaba con su silencio como testigo de la fuerza transformadora de la palabra del Evangelio que se ha hecho uno con su vida. En aquellos momentos Dios le ha permitido vaciarse de sí para llenarlo de los dones de su gracia.

Precisamente la libertad interior ha hecho a Wojtyła grandemente libre también en la relación con los demás. Sabía escuchar y también aceptar la crítica. Amaba la colaboración y respetaba la libertad de sus colaboradores. Poniendo su sigla sobre la minuta vista y corregida, añadía, en forma sorprendentemente humilde, *s.m.i.* (*salvo meliøre iudicio*), para dejar espacio a una ulterior reflexión.

Sabía ser autónomo en las decisiones definitivas, y sobre todo no renunciaba a tomar decisiones difíciles y molestas por temor a las reacciones de las autoridades hostiles a la Iglesia, en los años de su ministerio en Polonia, o a la incomprensión y hostilidad de la opinión pública predominante, en los años del pontificado. Su finalidad no era agrandar a toda costa a todos, sino la de anunciar la verdad del Evangelio y defender la verdad sobre el hombre.

El grito *¡No tengáis miedo!*, con el que abrió su pontificado, estaba enraizado precisamente en su libertad interior, que se nutría de la fe y del amor a Cristo. Con este grito ha despertado las conciencias de sus connacionales y ha fomentado en sus corazones el sentido de la innata dignidad que Cristo ofrece al hombre. Este grito ha dado inicio a aquel movimiento de los pueblos del este europeo que, comenzado con el nacimiento del sindicato *Solidarnosh*, ha arrastrado, como río fuera de madre, los regímenes inhumanos liberando del miedo y de la subordinación política, cultural y espiritual.

\* \* \*

El amor auténtico a Dios es inseparable del amor al prójimo y de la pasión por su salvación: *Caritas Christi urget nos* (2Co 5,14). Un hombre, que ha amado a Dios con la intensidad de Juan Pablo II, no podía no ser un testigo ejemplar de la donación a los hermanos. Su mirada era penetrante, atenta a las instancias más interiores del ser humano; buscaba la verdad más profunda de sí mismo y del sentido del mundo en el que vivía. Llama la atención su viva participación en la búsqueda del ser humano: la de Juan Pablo II no ha sido solamente una descripción de los fenómenos, sino un dejarse envolver personalmente por la aventura y el esfuerzo del hombre. Lo manifestaba ex-

presivamente con sus palabras fuertes y decididas en el promover la dignidad del hombre, su libertad, su determinación en combatir las estructuras del mal y del pecado; en la propuesta de construir la civilización del amor que puede asegurar a todo ser humano la posibilidad de ganarse el pan de cada día, de mirar por una vida digna para la propia familia, de vivir en una sociedad justa y solidaria, de trabajar para el verdadero desarrollo y el verdadero progreso, cuyo horizonte es la comunión con Dios.

Tal vez esta búsqueda de proximidad a todo hombre, con el deseo de ser solidario con sus alegrías y dolores, de buscar y de vivir la verdad del ser humano, hizo que el Santo Padre fuera tan querido y amado por el pueblo de Dios. Es un fenómeno singular: Karol Wojtyła ha perdido muy temprano la propia familia natural, pero tenía un fuerte sentido de la familia, sabía dar calor humano. Las cartas que continúan llegando a la oficina del Postulador hablan del papa como de un miembro de la familia. También los apelativos que se le atribuyen revelan este aspecto: nuestro papa (el más frecuente), Lolek, Karol, tío, abuelo, padre. Es un fenómeno difundido, no limitado a los católicos. En un encuentro ocasional, una mujer hebrea me dijo que había perdido su padre dos veces: la primera cuando murió su padre natural, la segunda con la muerte de Juan Pablo II.

\* \* \*

La misma caridad cristiana animaba a Karol Wojtyła al ofrecer a todos en primer lugar a Jesucristo, pan de la vida y redentor del mundo. Era un comunicador espontáneo del Evangelio, a todos y en cualquier circunstancia, porque vivía y por ello transmitía la frescura evangélica. Hacía todo con el entusiasmo propio de un neo-sacerdote. La presencia de Cristo en su vida, el reencontrar cada día la propia identidad sacerdotal en el hoy de Cristo, hacía la vida de Karol Wojtyła siempre dinámica, siempre moderna, siempre en sintonía con los latidos del corazón de la Iglesia. Cuando sus responsabilidades pastorales se dilataron por el mundo entero, lanzó el programa de la nueva evangelización y se dedicó personalmente, el primero, a su realización mediante continuos viajes misioneros. Sus visitas apostólicas eran momentos preciosos que llevaban nueva linfa a la fe cristiana en el mundo secularizado.

La percepción de la sed, por parte de los jóvenes, de una alternativa a la mentalidad del materialismo y del consumismo, le condujo a la provocación profética evangelizadora que son las Jornadas mundiales de la juventud. Entrando en diálogo vivo con los jóvenes, fue reconocido universalmente como figura paterna capaz de colmar el vacío de valores y de afectos, presentando a Cristo como Aquel que da la respuesta última al anhelo humano de felicidad.

No podemos, por último, no recordar la presencia de la cruz en la vida de Juan Pablo II, llevada con dignidad y en silencio, un silencio que muchas veces era más elocuente que las palabras y reivindicaba la dignidad y el derecho a la existencia que la sociedad de lo efímero oculta con vergüenza y trata con desprecio. Soportaba la enfermedad y el dolor físico con grande serenidad y paciencia, con auténtica virilidad cristiana, continuando tenazmente en cumplir, lo más posible, los propios deberes, sin hacer pesar sobre los demás el propio malestar.

Karol Wojtyła había aprendido a hacer espacio al sufrimiento y a la cruz no sólo en su propia experiencia vital, sino también y más profundamente en su misma espiritualidad, en su relación personal con Dios. Su testamento comenzaba con las palabras Deseo seguirte. Queriendo, como postura de fondo, seguir al Señor, había comprendido e interiorizado que es necesario aceptar todo aquello que Dios dispone para nosotros. Es ésta la certeza que trasluce ya en la Carta apostólica *Salvifici doloris*. Con mucho tiempo de antelación se preparaba al paso conclusivo de su vida terrena. Había comenzado a escribir el testamento durante los ejercicios espirituales de marzo 1979 y lo actualizó varias veces, siempre durante los ejercicios; era la ocasión para renovar su disponibilidad para presentarse al Señor. En la oración se hacían cada vez más suyas las palabras de Pablo: *Me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros y completo lo que falta a las tribulaciones de Cristo en mi carne, a favor de su cuerpo, que es la Iglesia (Col 1,24)*.

En el último mes de vida de Karol Wojtyła se ha manifestado en su transparente plenitud la esencia de una vida gastada bajo el signo de *Totus tuus*, del completo abandono en los brazos del Padre y de la Virgen. Durante los últimos días transcurridos en el hospital repetía con frecuencia que san Pedro había sido crucificado boca abajo. El 13 de marzo quiso regresar, a toda costa, al Vaticano, con la esperanza de poder celebrar de alguna manera los ritos pascuales, pero no le fue posible presidir ninguna de las ceremonias. Millones de personas en el mundo conservan en la memoria la imagen, transmitida por la televisión, del papa de espaldas, en su capilla privada, abrazado a la cruz durante la celebración del *Via crucis* del Viernes Santo. En el curso de su última semana santa, a un cardenal que le invitaba a no esforzarse en exceso le respondió: *Jesús no bajó de la cruz. ¿Por qué debería bajar yo?.*

El día de la muerte, quiso, como había hecho toda la vida, alimentarse con la Palabra de Dios y pidió que se le leyese el evangelio de Juan: la lectura se extendió hasta el capítulo 9. También ese día recitó, con la ayuda de los presentes, todas las oraciones cotidianas: hizo la adoración, la meditación, e

incluso anticipó el Oficio de lecturas del domingo. En su recámara fue celebrada la misa pre-festiva del domingo de la Divina Misericordia. Mons. Estanislao logró darle todavía, como viático, algunas gotas de la Sangre de Cristo. La muerte lo alcanzó a las 21.37 del 2 de abril 2005, primer sábado del mes y primeras vísperas de la fiesta de la Divina Misericordia.

Refiriéndose a estos momentos de la vida de Juan Pablo II, el papa Benedicto XVI, su sucesor, dijo en uno de sus primeros discursos públicos:

¡Con cuánta devoción celebraba él la santa misa, centro de todas sus jornadas! ¡Y cuánto tiempo transcurría en oración silenciosa y adoración ante el Sagrario! Durante los últimos meses, la enfermedad lo configuró cada vez más con Cristo sufriente. Conmueve pensar que en la hora de la muerte unió la ofrenda de su vida a la de Cristo en la misa que se celebraba junto a su cama (*Angelus*, 4.9.2005).

Por un misterioso designio de la divina providencia, justamente en el momento de su muerte, Juan Pablo II confirmaba, en el silencio de su agonía, las palabras que en *Don y misterio*, cap. 8, escribió con tanto entusiasmo, meditando sobre el sacerdocio:

El sacerdocio, desde sus raíces, es el sacerdocio de Cristo. Es El quien ofrece a Dios Padre el sacrificio de sí mismo, de su carne y de su sangre, y con su sacrificio justifica a los ojos del Padre a toda la humanidad e indirectamente a toda la creación. El sacerdote, celebrando cada día la Eucaristía, penetra en el corazón de este misterio. Por eso la celebración de la Eucaristía es, para él, el momento más importante y sagrado de la jornada y el centro de su vida.

Ha pasado a la historia la imagen del libro del Evangelio sobre el féretro de Juan Pablo II en la plaza de san Pedro, el día del funeral: un viento impetuoso, que agitaba las vestiduras de los cardenales junto al ingreso de la basílica, pasaba violentamente las páginas. Al pie de la escalinata, sin embargo, todo estaba tranquilo. Como ha comentado poéticamente un sacerdote: *En aquel momento he percibido no sólo la fuerza de la Iglesia orante, que expresaba su amor y devoción al Pastor que lo había guiado durante 27 años, sino también la manifestación concreta de Pentecostés.*

Todo cuadro de santidad, que emerge de una investigación del Tribunal eclesiástico, es fruto de la humilde y escrupulosa investigación de las huellas que ha dejado el agua brotada del Eterno Manantial en la humanidad, recorriendo el terreno de la vida del hombre y encontrando acogida en su corazón, en su voluntad, en su esfuerzo y en la generosidad de la respuesta.

En este proceso parece que Dios actúa como un maestro de escultura que, con pocos golpes de su mano, esboza la forma de la figura escondida en el bloque de mármol, dejando los detalles a la diligencia y esfuerzo de su alumno. En una de sus poesías juveniles, tal vez poco conocidas, en el himno al *Magnificat*, cantado por un joven de 19 años, Karol escribió:

He aquí que está lleno hasta el borde el cáliz con el jugo de la vid en tu convite celeste —yo, tu siervo orante agradecido, porque misteriosamente volviste angélica mi juventud, porque de un tronco de tilo esculpiste una forma robusta... Tú eres el más estupendo, omnipotente Escultor de santos.

Con la sabiduría posterior, se debe reconocer cómo el divino Escultor de santos esbozó profundamente la persona del *joven trovador*, permitiéndole vivir las experiencias que llevó dentro de sí como rasgos inconfundibles e identificables del amor de Dios. Wojtyła en su respuesta de fe, esperanza y caridad ha sabido llevarlos a su esplendor. En cierta manera, ha confirmado con la propia vida, la profunda verdad que, como joven poeta, ha puesto en labios de Adán, uno de los protagonistas del drama de *El taller del orfebre*. Decía:

El amor no es una aventura. Toma sabor de un hombre entero. Tiene su peso específico. Es el peso de todo su destino. No puede durar sólo un momento. La eternidad del hombre pasa a través del amor. Por esto se halla en la dimensión de Dios. Sólo Él es Eternidad.

La vida de Juan Pablo II ha sido un anhelo de eternidad porque, llena del amor a Cristo y a los hermanos, remitía constantemente a su origen y a su meta, al amor de Dios.

## Conclusión

Cuando se difundió la noticia de la muerte de Juan Pablo II, sentí dentro de mí un gran deseo de gritar: *Ha muerto el santo*, como habían hecho los niños romanos, al final del siglo XVIII, a la muerte de Benedicto José Labre. Una parte de mí pensaba, tal vez, que si esa aclamación hubiese llegado a ser coral, si todos los fieles allí reunidos se hubiesen unido a mi grito, la canonización hubiese sido abiertamente aclamada. Me quedé, sin embargo, en silencio, y noto que me he arrepentido un poco de ello.

Estoy, con todo, convencido que celebrar el proceso ha sido útil. Ha sido algo muy diferente al examen burocrático de una existencia, a un opacador recuento de los méritos bajo una mirada fríamente indagadora. Por el contrario, ha consentido restituir intensidad y vigor a los aspectos ya conocidos

de la vida del papa Wojtyła, entretejiendo la trama con episodios inéditos, ofrecidos a todos por quien los conservaba intactos en la propia memoria.

Una de las frases que Juan Pablo II gustaba repetir era: *El fin de la Iglesia es llevar el mayor número de personas a la santidad*. El pueblo de los piadosos no tiene duda alguna sobre la singularidad de su ejemplo, hasta el sacrificio supremo. Como ha recordado un guardia de su séquito:

En los primeros tiempos, en las audiencias generales, cuando el Santo Padre pasaba por el pasillo para saludar a los fieles más cercanos, escuchaba a las señoras que decían qué guapo es. Con el pasar de los años las exclamaciones se han transformado en qué santo es.